

Viernes 21 agosto 840.

(2 reales.)



## LA PSIQUIS, PERIODICO DEL BELLO SEXO.

NUMERO 25.

### Situacion de las mugeres en la Europa moderna.

**A** caso no hay pais en donde la condicion y carácter de las mugeres se haya resentido tanto de la influencia de las costumbres y gobierno como en Inglaterra. En esta monarquía que reúne la necesidad del trono y la pasion razonable de la libertad, el verdadero gusto de las artes y de la magnificencia, y sobre todo aquel patriotismo cordial que ata a un ingles á los negocios públicos con preferencia á los suyos propios; las mugeres han debido tener grande importancia en el interior de sus casas, y poca en la sociedad, como tambien en las intrigas políticas. Las grandes ciudades pervierten



las costumbres de las mugeres. Una inglesa que pasa casi toda la vida en sus tierras, ocupada de su casa y familia, amante del esposo que ha elegido, tiene pocas ocasiones de ser seducida, y de inspirar otro sentimiento que el de la estimacion que adquiriese por el cumplimiento de sus deberes. En las mugeres los diversos obgetos de la vida influyen en su carácter, gustos y pensamiento. Un ingles, ya sea marino ó comerciante, miembro del parlamento, ó simple cultivador de tierras, puede variar, segun sus intereses; pero hay uno en el cual se refunden todos los demas, á saber la cosa pública; y la razon es muy sencilla. En la perfecta combinacion del gobierno el comerciante depende del marino, el marino del comerciante, el artista del par del reino, el arrendador del propietario: un miembro de la oposicion depende del Rey lo mismo que un ministerial. Bajo ciertas relaciones todos los interiores de familias deben ser iguales con poca diferencia. En casa del gran señor, como en la del artesano, en la del propietario como en la del arrendador, en los mostradores de banco como entre los militares, todos piensan, calculan, reflexionan, y se ocupan mas habitualmente de detalles serios, que de galantería, y de aquellas amables futilidades, que agradan demasiado á las mugeres para no seducirlas, ó cuando menos distraerlas.

En Inglaterra tanto en paz como en guerra el espíritu público nunca deja extinguir el espíritu nacional; las costumbres se resenten de ello, y las mugeres entregadas á su verdadero destino hacen mas por la felicidad y menos por el placer: sin embargo de algunos años á esta parte se va operando un cambio en el modo de vivir; se pasa ya mas tiempo en Lóndres que en el campo y tierras; y la galantería se introduce insensiblemente. Una larga permanencia en la capital debe conducir indispensablemente al relajamiento de costumbres. Pero en un pais donde los asuntos públicos lo absorven todo; donde el ingles mas enamorado no olvida el parlamento, aun cuando está á los pies de su querida; donde su aficion al desahogo y libertad le conduce hasta el estremo de hacer salir las mugeres á los postres de la comida, para poder permanecer mas largo tiempo sobremesa con los hombres; donde el bello sexo es mas estimado que adorado; este sexo jamas gozará de grande influencia; y aun en este momento en que las mugeres francesas han perdido tanto de su imperio con respecto al amor propio y placeres, siempre valdrá mas á una muger haber nacido en París que en Lóndres, donde la suerte del sexo no se mejora sino en cuanto se aproxima á las costumbres francesas.

#### SUPPLICIO DE JUANA DEL ARCO.

##### *Conclusion.*

La carreta iba rodeada de 800 hombres armados de hachas, espadas y lanzas. De repente un hombre rompe por la multitud, llega junto á la carreta y sube en ella. Era Maestro Nicolas el Pajarero, falso confesor de la Doncella, que arrepentido venia á pedirle perdon de su perfidia. Los ingleses furiosos de su arrepentimiento quisieron matarlo, y á duras penas pudo el conde de Wawnik libertarle.

Llegada Juana á la plaza del suplicio, exclamó: ¡Ah! ¡Ruan, Ruan!

¡es preciso que haya de morir aquí! El cardenal de Winchester y varios prelados franceses se hallaban colocados en un tablado, y los jueces seculares en otro. Juana fue conducida á su presencia.

Pronunciada la sentencia, pidió una cruz. Hallábase inmediato un inglés, el cual cortó su baston en dos pedazos, y de ellos hizo una cruz y se la dió. Juana la tomó devotamente, la besó y puso entre su cuerpo y su vestido. Pidió humildemente á Juan Massieu é Isambart que le trajesen otra cruz, y cuando la tuvo, la abrazó estrechamente encomendándose á Dios, y á todos los santos del paraiso. Algunos capitanes ingleses que por oficio debian asistir al suplicio, se manifestaron impacientes de ver morir á Juana, y decian á Juan Massieu: ¡cómo, clérigo, ¿nos harás comer aquí? Al decir esto querian arrastrarla á la hoguera. Despues de la lectura de la sentencia eclesiástica, el obispo de Beauvais, nuevo Pilatos, bajó del tablado, dejando á Juana con los egecutores. Obedeciendo á la orden del Bailio de Ruan, los guardas se acercaron, y obligaron á Juana á seguirlos al lugar del suplicio con grande violencia. Mientras la conducian exclamaba: ¡Ruan, Ruan! ¡tú serás mi última morada!

La desgraciada Doncella subió á la pira, y allí fue atada al palo con una cadena de hierro. Antes de esto, abrazó segunda vez la cruz, y la entregó al hermano Isambart, quien la tuvo elevada ante sus ojos. Al ver que pegaban fuego á la hoguera gritó: ¡Jesus, Jesus! El hermano Martin se hallaba inmediato, y no advirtió que el fuego tomaba cuerpo, pero Juana se lo avisó, rogándole se alejase.

El obispo de Beauvais y algunos clérigos del capítulo de Ruan se acercaron para verla. «¡Ah! exclamó: vosotros sois la causa de mi muerte, pues si me hubieseis metido en las cárceles de la iglesia, no me hallaria aquí.» No quiso desdecirse de cosa alguna, y añadió, que Dios maldeciria á sus jueces. «¡Ah, Ruan! repitió: mucho temo que mi muerte te cueste cara.»

Algunos de los mismos que mas ardientemente habian deseado la muerte de la doncella, iban corriendo por las calles y plazas públicas, gritando: «Estamos perdidos: una santa muchacha espira en las llamas!» La egecucion caminaba con lentitud; y para que todo el mundo pudiese asegurarse de la muerte de Juana, los ingleses habian hecho construir sobre la pira un gran cadalso de yeso, donde la víctima se hallaba encadenada. La llama subia con dificultad hasta ella; de lo cual hasta el verdugo se hallaba pesaroso, al ver el modo cruel con que se la hacia morir. No tardaron en envolverla el fuego y humo: Juana invocó á San Miguel; y á intervalos pronunció el nombre de Cristo: el de Jesus fue el último que salió de su boca.

Entonces mandaron los ingleses al verdugo retirase un poco el fuego, para asegurarse de la muerte de la jóven. Así se hizo: Juana fue vista con el vestido quemado. Cuando el pueblo quedó satisfecho, y salió de dudas, el verdugo volvió á arrimar el fuego sobre su cuerpo, el cual no tardó en ser reducido á cenizas.

Mientras Juana del Arco se hallaba enferma en la cárcel, habia suplicado á sus implacables jueces la enterrasen en sagrado, si llegaba á morir. ¡Ah! Hasta la sepultura se negó á la infortunada víctima. El cardenal de Winchester, el conde de Warwik, el obispo de Beauvais y otros gefes militares presentes á la egecucion, ordenaron esparcir al viento sus cenizas, y arrojar al Sena las reliquias de su cuerpo.

La doncella de Dómremy había cumplido 20 años cuando pereció. Vivió un año en la corte de Carlos VII, y luego pareció al frente de los egércitos bajo el estandarte de las lises de oro. Hacia trece meses que padecía en los calabozos, ultrajada de mil maneras. Su gloriosa muerte no hizo sino probar su inocencia. En vano Maestro Pedro el Pajarero aseguró que la doncella había abjurado sus errores, y reconocido la falsedad de sus visiones: en vano el Rey de Inglaterra escribió á todos los príncipes, que si Juana habia espirado en la hoguera, era porque tenia pacto con los espíritus diabólicos. No fue menos cierto que Juana perecia víctima de la venganza de los ingleses, irritados de haber sido derrotados tantas veces por una muchacha sin esperiencia en la guerra.

## LOS CELOS.

Fabricando su propia servidumbre,  
A la voz del deseo el paso avanza,  
Y sube amor á la difícil cumbre  
Do está la posesion de la esperanza.

Encuentra el premio allí de su fatiga,  
Y duerme en la embriaguez de las ternezas,  
Pero la saciedad, sierpe enemiga,  
Se arrastra poco á poco entre tibiezas.

Las rosas del placer va marchitando,  
Caen las mas hermosas sin remedio,  
Y al lado de la antorcha respirando,  
Mata su luz con hálitos de tedio.

Peró despierta el Dios, no todavía  
Secos los lindos lábios cariñosos  
De los húmedos besos de ambrosía,  
Que endulzaron sus sueños venturosos;

Despierta con la faz hermoseedada  
Con los mimos, y risas y consuelos.....  
Vé al mónstruo, y lo combate y lo anonada  
No con sus pasadores, con los celos.

Vienen los duros celos con presteza  
A la voz del hermano que los ama:  
Matan la saciedad y la tibieza;  
Dan al deseo fuerza, al amor llama.

Peró son intranquilos: no concilia  
Con ellos el rapaz el dulce sueño,  
Su párpado condena á la vigilia,  
Velando su tesoro con empeño.

Su grato natural convierte en ira;  
Los celos son la sombra de sus alas,  
Y salto de dormir, tal vez delira,  
Sin cuidar del adorno de sus galas.

Si un insecto murmura por las rejas,  
Que guardan el tesoro que le inflama,  
Juzga que es un rival que da sus quejas,

O que canta ternuras á su dama.  
Si la venda y cargag dejó olvidado  
Sobre florido arbusto, vé y se pasma;  
Juzga que es un amante recatado  
Con el blanco ropage de un fantasma.  
Celoso está del sol, cuando á su hermosa  
Con los dorados rayos ilumina,  
Del aura que le da besos de rosa,  
Y levanta su leve muselina.  
¿Y qué mas? Sus sentidos nunca cesan  
De luchar entre si; celos se inspiran:  
Los ojos de los lábios si la besan,  
Los lábios de los ojos si la miran.  
Y todos de una vez la están amando,  
Y todos de una vez gozarla quieren,  
Y envidiando entre si se están celando,  
Y celando entre si de celos mueren.

JUAN AROLAS.

## EL RESCATE DEL PINTOR.

¡Qué roca tan escarpada, esclamaba un jóven asomado á un abismo! Sin duda Prometéó debió ser encadenado en un lugar semejante... Parece que estas profundas cavidades hayan sido hechas para servir de asilo á la fuerza y á la violencia, esas dos divinidades celebradas por el poeta Esquilo. Si me fuera concedido dedicarme á uno de esos grandes trabajos de artista, que hacen pasar un nombre á la posteridad, esta montaña seria mi Cáucaso. Yo haria descender el buitre que roía sin cesar el hígado de aquel generoso mortal, cuya atrevida mano arrebatára á los dioses la llama celestial....

Mientras el jóven se abandonaba de esta suerte á su entusiasmo, un bandido de los Abruzzos se habia deslizado tras él, y apuntándole el trabuco, hizo sonar en sus oidos con terrible acento la fórmula sacramental.

—La bolsa ó la vida, señor.

El jóven volvió la cara con la indiferencia del viagero, que ya se aguardaba semejante intimacion.

¡La bolsa! dijo; ve á pedírsela al último posadero del valle: solo me queda la vida: tómala si gustas, pues nada me ata á ella.

Habia tan profunda amargura en el acento que acompañó á aquellas palabras, que la posicion horizontal del fusil se convirtió en perpendicular, y el bandido por el instinto humano que aproxima mutuamente á los seres que han sufrido, se adelantó hácia el viagero.

—¿Con que eres desgraciado? le dijo: ¿quieres ser de los nuestros?

En aquel instante llegan otros salteadores, y con ellos una muger de admirable belleza, la cual se precipitó sobre el primero, como para asegurarse de que no habia corrido peligro alguno.

—No estoy herido, Marietta: es un muchacho sin armas; algun discípulo sin duda de la escuela de pintura: ¿no ves ese pedazo de lápiz en el borde del peñasco?

—No se dé cuartel, gritó un viejo que parecia gefe de la cuadrilla,

y cuyo aspecto feroz anunciaba una vida de atrocidades; no se dé cuartel. Estos pintores son otros tantos espías, que vienen á copiar nuestras caras para denunciarlas al gobierno. Esparcen nuestros retratos por las ciudades y aldeas, en términos que no podemos ir á la iglesia por no ser reconocidos: y aun á mí mismo me ha hecho varias veces perder la misa. No se dé cuartel á semejante gente.

—Pero (dijo el primer bandido) este tiene traza de desengañado del mundo, y en verdad se necesita resolucion para subir hasta de aquí sin conocer las sendas. Hemos perdido al pobre Francisco que tenia su edad, y yo le acabo de proponer se alisté entre nosotros.

—Gracias por el ofrecimiento, respondió friamente el jóven, pero no me gusta tu oficio.

—Yo creía, repuso el bandido frunciendo el sobrecejo, que eras un verdadero hijo de Nápoles, y huías la persecucion de nuestros tiranos los españoles.

—Sí; soy verdadero hijo de Nápoles, y detesta tanto como tú al virey y á los suyos. Cuando se trate de combatirlos y arrojarlos, no seré el último en desenvainar la espada; pero jamas so pretexto de desgracias públicas atacaré á gentes inofensivas para robarles su oro y plata.

—¡Fusilado, fusilado al instante! repitió el viejo.

El primer bandido calló: ninguna voz se elevó en favor del jóven; únicamente la muger le miró con benévola curiosidad, aunque no osó hablar en presencia de aquellos imperiosos dueños.

—No os pido sino una gracia, dijo el jóven, y es dejarme ver antes de morir la bella campiña que debe estenderse por este lado de la roca. Ved como el sol se desembaraça de una nube y se difunden sus rayos de oro. Dejadme contemplar por la última vez el espectáculo de la naturaleza.

—Puedes adelantarte hasta el borde de la roca por este lado, dijo el viejo capitán: no hay por donde huir, y te aconsejo tambien te inclines sobre el borde, porque si la bala que te voy á disparar no te mata, la caída que darás infaliblemente te rematará, con lo cual penarás menos, y nos escusarás el trabajo de empezar de nuevo.

—Muy bien, respondió el jóven, seguiré tu aviso. Adelantóse pues hácia una pequeña plataforma que daba sobre un valle, donde se desplegaba toda la magnificencia del suelo italiano. Viendo el primer bandido tal serenidad, dió una vuelta al fusil en la mano con un gesto de sentimiento. Sus camaradas se prepararon á hacer fuego.

—¡Cielos! exclamó el jóven embelesado con la perspectiva que se desplegaba á su vista: ¡Qué riqueza tan maravillosa! ¿Vióse jamas contraste mas sorprendente? ¡Aqui todos los rigores de la naturaleza, allí todos sus prodigios y deleites! ¡Ahora ya puede uno morir, despues de ver esto! ¡Dios mio! ¡te doy las gracias por espectáculo tan encantador!

Al decir esto el jóven puso una rodilla en tierra en medio de su religiosa admiracion.

—Deteneos, dijo el anciano gefe: está rezando sus oraciones; respetemos su devocion.

El jóven no se levantaba.

—¿Qué letanías son las que reza, añadió el viejo impacientándose, voy á darle un golpe en el hombro para que acabe pronto su rosario.

Acercóse al jóven quien con el lápiz en la mano, dibujaba sobre su rodilla el paisaje que tan hermoso le parecia; y hacia salir de en medio

de espesas malezas una choza abandonada, pero elegante y pintorescamente situada en la pendiente de una colina. Apenas hubo fijado el gefe los ojos sobre el trabajo del pintor, dejó escapar un grito de sorpresa y satisfaccion.

—¡Mi casa! Mi casa vieja; la casa donde nací... ¡Pobre techo destrozado por los soldados, ruina que dentro de poco se convertirá en nada... ¡Ahí está!... sí... ¡cómo la ha entresacado de entre las zarzas que la envuelven y devoran!

(Se concluirá.)

## MODAS DE VALENCIA.

Vestido de rasete azul-celeste con ramitos bordados de seda negra con cinco rulos por abajo, rizados y unidos uno con otro. Pecho y espalda lisos y sin peto. Mangas de batista blanca con tres rulos que empiezan en el puño, y concluyen cuatro dedos antes de llegar al codo. Del puño (que es estrecho) sale una guarnicion, tres dedos de ancha, con una cenefita bordada que cubre media mano; y encima otra manga de la tela del vestido algo mas ancha que el brazo, igual por arriba y abajo, y un poco doblada hácia el codo para no estorbar la vista de los rulos.

Chal de gasa de Italia blanca con guarnicion rizada de blonda de seda, sumamente largo de picos. Sombrero blanco de moaré con adornos de rasete azul, y dos plumas del mismo color que caen al lado izquierdo.

## CORSÉS.

*Corsé de garruchas.* Es el mas moderno, y perfeccion de todos los antiguos, siendo ademas el que ofrece mas ventajas y menos inconvenientes. Algo retraerá á algunas de nuestras lectoras el precio que es bastante subido; pero si se compara su duracion y ventajas con las de los demas corsés, acaso no parece aquel tan excesivo; y de todos modos es un adelanto de que debemos dar cuenta.

*El corsé de garruchas* difiere solo del comun conocido por *corsé á la perezosa* en el borde de la espalda. Compónese de un cuerpo ordinario de corsé, pero cuya orilla, donde se colocan las ballenas, en vez de terminar por la union de la misma y la veta que lo ribetea, se deja abierta, de modo que se pueda introducir el dedo meñique entre el borde y el ribete. En esta abertura es donde se colocan las garruchas á distancias iguales. Dichas garruchas son de cobre; pero tan delicadas que se pierden entre el borde y el dobladillo. Sobre ellas se corre un largo y fino cordon redondo de algodón, cruzándose de una á otra. Las dos primeras estremidades de los cordones se hallan aseguradas, una á la parte superior, otra á la inferior de uno de los bordes; pero las demas puntas pasan por un ojal situado hácia la mitad del borde. Cuando se quiere meter el corsé, se atan los cabos que digimos pasar por el ojal, de suerte que se mantengan bastantemente separados; se ajusta el corsé como conviene, y se encuentra perfectamente atado en menos de un minuto; y el mismo tiempo cuesta de descordar.

Por la parte de delante van dos palas, cada una de dos dedos de

anchas; la una tiene en un lado siete ó nueve lenguetas, y la otra igual número de bocados ó puentes, en los cuales encajan y ajustan dichas lenguetas con tal exactitud, que las dos palas parecen una. Estas se sostienen por medio de un resorte, tocando el cual se separan, y con la misma facilidad se unen. De modo que una señora puede alojarse el corsé en un momento por debajo del vestido, ya por causa del calor, ya de desmayo, ú otra cualquiera, y si de repente llega una visita volverlo á enlazar y quedar visible mientras se va á abrir la puerta. Y para las que gustan de ostentar un talle sutil y delicado se hallan tan bien calculadas las ventajas, que cuando antiguamente se necesitaban máquinas para apretar la cintura, y la fuerza de dos ó tres mugeres, ahora con solo tirar los cordones con la fuerza sola de un niño de siete años si se quiere, pues el mecanismo del corsé es una composición de fuerzas que reúne las de algunos hombres por medio de la combinación de garruchas.

No hemos querido privar á nuestras lectoras de la esplicacion que precede sin embargo de que á nuestro parecer es inútil, pues aunque persuadido de sus ventajas quieran comprarlo y ensayarlo, tanto para la adquisicion del aparato numérico de las garruchas, como para su colocacion, será indispensable recurrir á otras personas, á lo menos por la primera vez; pues no es este género de corsé de los que una señora puede fabricar por sí misma sin el auxilio de las profesoras. Y con referencia á estas nos permitiremos remitir á las lectoras que gusten, á la tienda de corsés elásticos frente de Santa Tecla, al lado del relojero, donde serán servidas con esmero, tanto en la indicada clase de corsés, como en las demas que se hallan en boga; y con la circunstancia de fabricar aquí el aparato mecánico, en que consiste el primor de esta ingeniosa mejora en una de las mas esenciales partes del traje de nuestras hermosas.

---

*Junto con el presente número recibirán las Sras. Suscriptoras el figurin de París, correspondiente al 5 de agosto, en que se ve un ligero cuanto primoroso traje de señora, y otro de niña, propios de la calurosa estación que recorremos.*

VALENCIA.

IMPRESA DE MANUEL LOPEZ.  
1840.